

COMO SALVO LA VIDA AGUSTIN PAIS



"Ocurrió exactamente el 5 de agosto".

LA Embajada de España en La Habana está recibiendo el agradecimiento de la Revolución. Más de un centenar de fervorosos combatientes por la libertad hallaron asilo en esa sede. Decenas de jóvenes conspiradores salvaron la vida gracias al amparo que les ofreció resueltamente la representación diplomática española, al frente de la cual se encuentra don Pablo de Lojendio, Marqués de Velisca.

Pero si son innumerables los casos en que esa misión protegió a los revolucionarios, el extraordinario hecho en que se vio envuelto Agustín Pais, hermano de los valientes santiagueros Frank y Josué, asesinados por la Dictadura, merece una mención especialísima.

El señor Jaime Caldevilla, jefe de la Oficina de Información Diplomática de la Embajada española, fue protagonista principal en el impresionante suceso y él nos lo relató en todos sus aspectos.

Comienza la historia

—Ocurrió exactamente el 5 de agosto de 1957 —expresó Caldevilla mientras se acercaba al grupo una bandeja de tazas de café—. El canciller del Consulado de España en Santiago de Cuba, señor Diego Abascal, llamaba a nuestra Embajada y decía estas palabras: "El primo de Jaime está enfermo y tiene que ingresar hoy en una clínica de La Habana. Es necesario que el propio Jaime venga a buscarlo." Ello quería decir que Enrique Canto, presidente de Acción Católica de la Archidiócesis de la capital de Oriente, había sido descubierto en sus actividades revolucionarias; que estaba oculto en el propio Consulado y que yo fuera inmediatamente a Santiago porque en otro caso peligraba la vida de Enrique.

Caldevilla alzó la frente sobre la cual la ausencia del cabello hablaba de sus hondas preocupaciones intelectuales.

Estaba asilado en el Consulado Español de Santiago de Cuba y fue rescatado por gestiones de la Embajada en La Habana.— A punto de correr la misma suerte de sus hermanos Frank y Josué, asesinados por la tiranía. Un relato impresionante del señor Jaime Caldevilla.

P O R

GUILLERMO VILLARRONDA

Fotos de C. ARIAS

—Cuando se recibió la llamada eran las doce del día. El avión para Santiago salía a la una. Para poder realizar este viaje era preciso, por lo menos, contar con la autorización del Ministerio de Estado y, sin decir nombres, declarar que había una vida en peligro y que se me encomendara ir a defenderla. Hubo dilaciones. Pero el entonces subsecretario, Néstor Carzonell, me ayudó y alentó. Mas faltaba sólo un cuarto de hora para salir el avión y todavía estaba yo en el Ministerio de Estado. Llamé a López Vilaboy y a Juan Pallí. Les dije, a medias palabras, de lo que se trataba y Vilaboy dio la orden: detenerse la salida hasta que llegase yo. Pallí ejecutó la orden y

me entregó el boleto de ida y vuelta, ya preparado, y ese día la aeronave despegó con un retraso de tres cuartos de hora.

En Santiago

—Llegamos a Santiago, aproximadamente, a las cinco de la tarde —siguió diciendo Caldevilla—. La huelga general había paralizado toda la vida de la ciudad: era en protesta por la muerte de Frank Pais. Santiago olía a muerte. Esperaba en el aeropuerto Diego Abascal con un taxi y la preocupación más honda: "Caldevilla —dijo— temo por mi vida. Haga las cosas con la mayor prudencia." —le contesté—, he estado muchas



"Coronel, vengo a una misión diplomática".

veces al lado de la muerte. Vamos al Consu..." No pude terminar la palabra porque a grandes voces, casi alaridos, tres soldados y un marinero me ordenaban bajar del taxi. Abascal les decía: "¡Oigan, es un diplomático español!" Ellos respondían: "¡Qué diplomáticos ni la cabeza del guanajo. Hay que registrar la máquina y a él." Le dije a Abscal: "Cállese, que esto se arregla de otra manera."

Caldevilla continuó el relato:

minente? ¿Qué haces aquí?" "Yo sí estoy en peligro —contestó—, pero no te hice llamar para que me salves a mí, sino para que salves la vida de Agustín País, el último de los tres hermanos. Dos ya han sucumbido. Su madre, española, está destruida de sufrimiento. Queremos salvarle al único hijo que le queda: Agustín. Este es el que está oculto en el Consulado de España."

El relato se hacía más intenso.



El canciller de la Embajada Española, señor Alejandro Vergara, que intervino también en el rescate de Agustín País.

—Como fui oficial del Ejército español y mandé tropas, el uso del mando me dio la clave de la solución del crítico momento: fijamente me enfrenté a dos de los soldados e increpándolos les dije con voz de oficial en campaña: "Esas ametralladoras están pésimamente engrasadas. Así no se va a ninguna parte. Daré cuenta de ustedes al Estado Mayor." Enmudecieron. Creyeron que yo era un jefe militar. Saludaron. Pidieron excusas y a un grupo de personas que tenían detenidas en la carretera les dijeron que podían continuar. Luego, al final, diré qué suerte corrió este grupo. Seguimos hasta Santiago y, cuando ya estábamos en la ciudad muerta, el canciller Abascal dijo al taxista que en lugar de ir al Consulado fuéramos a los "Almacenes de Francia".

El que estaba en peligro

Caldevilla expresó después: —A las puertas de los almacenes estaba Enrique Canto. Le hablé: "Pero, ¿no estás en peligro grave? ¿No me ha dicho Abascal —en clave— que tu riesgo es in-

Salimos para el Consulado. La familia de Agustín País me esperaba. Fue una escena tremenda, que todavía me ahoga.

Estaba acorralado

—Me imploraron que salvase aquella vida preciosa y juvenil. Agustín había subido y bajado a la Sierra Maestra. Pero desde hacía algunos días estaba acorralado. La pista de la policía era segura. Las horas de su existencia estaban contadas. En el instante supremo en que iban a apoderarse de él, Enrique Canto le buscó refugio en el Consulado. Ahora venía lo más difícil: sacarlo de Santiago.

Caldevilla se detuvo unos instantes.

—Mi mérito —añadió— no es, ni mucho menos, extraordinario. Verá por qué. Todo Santiago sabía que Agustín País estaba en peligro inminente de ser capturado y todo Santiago sabía que había llegado un diplomático español, para salvarle la vida y todo Santiago estaba de rodillas, en oración fervorosa a la Virgen de la Caridad

(Continúa en la Pág. 126)



"Iba a cometer un crimen".

La señora Rosa María Menéndez de Caldevilla condujo el auto que llevó a Agustín desde el aeropuerto hasta la capital.

